

¡Triste papel! Papel que parece está condenado a representar siempre en la humanidad. En uno de sus libros, Panait Istrati dice que sólo creará en una revolución social hecha por los niños, bajo el signo de los niños. Esto no sucederá nunca, desgraciadamente, como no sucederá nunca el que un niño diga un día lo que piensa sobre lo que los hombres se proponen respecto a él. «Dejadme en paz, diría; yo sólo quiero comer, dormir y jugar; si la sociedad está mal hecha, arregladla vosotros y no me metáis en lo que sólo a vosotros corresponde. No nos llenéis el alma, desde la infancia, de fanatismo. Respetad mi personalidad...

Eso diría, tal vez. Pero no lo dirá o dejará de ser niño.

Sin embargo, y hablando del presente libro, (1) que casi hemos olvidado, Otto Rühle, a pesar de su tendencia social ostensiblemente exagerada, y dejando a un lado las diferencias que hace de los niños burgueses y niños proletarios, encara bien la psicología infantil, estudia los gérmenes de que harán de un niño un hombre que padecerá complejo de inferioridad mental o fisiológica, esos gérmenes que aparecen tanto en un niño burgués como en un niño proletario, ya que su aparición no depende de su situación social sino de causas que nada tienen que ver con las clases sociales.

La curación de esos males es una cuestión que no se ha dilucidado todavía y que no se dilucidará así como así. Casi podríamos decir que

(1) Editorial «Orbe». Santiago de Chile, 1933.

no se dilucidará jamás, a menos que los niños nazcan con una mentalidad hecha de antemano, prenatal, y con una constitución fisiológica impecable, cosa que puede estar muy bien en «Volviendo a Matusalén» de B. Shaw, pero que en la realidad es imposible.

Como contribución al estudio de la psicología infantil, el libro de Rühle está muy bien; como obra tendenciosa, está muy mal. Dice él:

No cultivamos la ciencia por la ciencia, ni mucho menos por afición o deportismo; antes bien, ponemos todo conocimiento científico al servicio inmediato de la lucha de clases.

Esto invalida su libro por el lado pedagógico. Para salvar al niño, para educar al niño, para hacer de él lo que todos los hombres de buena voluntad sueñan, es menester acercarse a ese material puro, con las manos y la mente puras también. De otra manera, daremos al niño todos nuestros defectos y fanatismos, sean éstos comunistas, religiosos o democráticos.—*Manuel Rojas*.

## POESIA

AFÁN DEL CORAZÓN, por *Angel Cruchaga Santa María*.

Si la cualidad máxima que puede tener un escritor es la personalidad—unida, claro está, al dominio de la forma y a la originalidad de visión—pocos poetas han alcanzado en Chile la grandeza de *Cruchaga Santa María*.

Desde su primer libro, publicado hace veinte años, hasta este «Afán del corazón» (1), el poeta ha seguido la voz de su temperamento, evocando a mujeres desvanecidas entre el humo oloroso de pebeteros inquietantes, alumbrado por la lámpara de su ensueño inextinguible.

No hay en Angel Cruchaga influencias visibles de ningún poeta. En sus cualidades es sólo él, seguro de su señorío lírico, dueño único de su soledad atormentada.

Todo este libro último del poeta está saturado de alientos extraterrenos, de evocaciones y de presagios angustiosos. Nadie, con su palabra y con su dolor, ha dicho entre nosotros la angustia de vivir aislado y de amar eternamente un imposible.

Junto al «Ruego» ese canto maestro de Gabriela Mistral, puede colocarse sin desdoro el poema «La muerte suya», con que se abren las páginas de este libro. Perfecto de contenido, y de forma, da la sensación de lo que ya no puede ser superado.

El prólogo con que Pablo Neruda presenta a Cruchaga nos parece un esfuerzo bien logrado de obscuridad y de pedantería. Dice por ahí:

Como anillos de la temperatura  
«del» advenimiento» «del» alba  
«del» día «del» otoño, los cantos  
de Angel se acercan a uno llenos  
de helada claridad, con cierto  
temblor extraterrestre y sublunar,  
vestidos con cierta piel de estrellas.

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile de 1933.

Alone, el crítico semanal que desde hace años viene mostrando en *La Nación* de Santiago su incapacidad para comprender la verdadera poesía, opinando sobre este libro de Cruchaga confirma su incompreensión. Todavía no logra darse cuenta de que el autor de «Las manos juntas» es uno de los pocos grandes poetas que han nacido en Chile.

Pero ni prologuistas paradójales ni dónines incomprensivos deben inquietar a Angel Cruchaga. Cuando no quede ni el recuerdo de estos comentadores semanales, la belleza, y el vigor de sus cantos seguirán sonando bajo los cielos de América.

Como ATENEA tiene lectores en sitios adonde no llegan los libros editados en Chile, transcribimos dos estrofas de «La muerte suya» que dan una idea exacta de su belleza total:

Los brazos están pobres, la luz  
[descolorida.  
Entre la luz del cielo cansado el  
[mundo rueda.  
Huracán de cenizas cayó sobre mi  
[vida,  
¡Qué lejos está inmóvil tu albo  
[perfil de seda!  
Y todos te lloraron y sollozó la  
[casa  
con el crujido triste y oscuro de  
[sus puertas  
¿A dónde se ha marchado tu cora-  
[zón de brasa  
atravesando estrellas con las alas  
[abiertas?

Si algún defecto pudiera señalarse en la obra de Cruchaga Santa María, el abuso de la imagen sería el más evidente. Hay composiciones enteras en que quiere hacer

de cada verso una imagen novedosa, y sólo consigue fastidiar con ese alarde que no convence sino a los vanguardistas. Pero este contagio de los poetas novísimos no alcanza a mermar sus blasones de poeta definitivo.—*C. P. S.*

FUENTE SECRETA, por *Samuel A. Lillo.*

Hasta ahora la poesía de don Samuel A. Lillo había tenido un carácter épico. Eran objetos de su inspiración las hazañas de nuestros aborígenes, el heroísmo de los conquistadores y las tierras de Arauco, donde dos razas se enfrentaron en lucha denodada, primero, fundiéndose en seguida en un abrazo fecundante. Cantaba a razas que fueron y a un pueblo que se forja. Hacia esos caminos lo llevaba su musa y torcerlo era forzar su espíritu, falsear su sensibilidad; engañarse a sí mismo. La vida interior de don Samuel A. Lillo era plácida como aguas de lago que nunca hubiesen sido erizadas por vientos encontrados; no tenía él esas inquietudes íntimas que torturan el espíritu desgarrándolo, y que agudizan la sensibilidad, y que llevadas al arte, dan ese soplo trágico que hace estremecer las almas ajenas.

Era feliz. Mas una tragedia íntima agrietó su alma, y por ella se filtra ahora, en versos sencillos y emocionados, el dolor que lo aqueja. Por eso es lírica su poesía de hoy. Sólo quien haya penetrado en la intimidad de la vida y del espíritu de este poeta, puede com-

prender en toda su intensidad el acento elegíaco de éstos sus últimos versos (1).

Como un patriarca de la leyenda, don Samuel A. Lillo, en el atardecer de sus días, se sienta a la vera del largo camino recorrido, rodeado de sus hijas y nietos, a quienes les cuenta la jornada hecha, las bellezas contempladas, la placidez con que se deslizaban las aguas, sin peñas que las alborotasen. la dulzura de su vivir, y les dice que hubo un espíritu, superior que lo alentó cuando flaqueaba, que fué su bordón y su guía. Ahora solo, ausente la compañera, sintiéndose desfallecer, quiere él también el reposo en la eternidad

Como sé que me esperas,  
y me he de ir contigo,  
no me espanta la muerte  
ni su trance temido.

Se adelantó su compañera a trasponer el misterio que separa la vida de la muerte; llegará ella a la eternidad en la barca de Caronte; desde esta orilla él se lo dice y le augura la felicidad eterna y la alienta con su palabra ennoblecida por el dolor:

No le temas, sombra amada,  
irá tu barco ligero,  
que hasta el fin de la jornada  
ya te han pagado el pasaje  
los dolores de tu vida  
y tendrás, por cada herida,  
un sol que te alumbre el viaje

Así, en versos de suma sencillez, carentes de todo artificio retórico, sin sujeción a principios métricos,

(1) Fuente Secreta. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile.